

La cocina de casa era sencilla, espaciosa y blanca, tenía una cenefa de azulejos con pequeñas escenas de obradores antiguos y en ellas se veían alegres personajes de Brueghel con calzas y jubones horneando panes, asando cochinitillos y transportando viandas hacia un festín de orondos señores, unas imágenes absolutamente alejadas de la realidad de aquellos días en que el hambre llegaba hasta el fondo de las hormigas. La cocina recibía la primera luz del sol por una ventana abierta al patio. En primavera llegaba cargada de azahar y en los temporales de levante la acompañaba una humedad marina. Estos aromas eran sus dones naturales, a los que a veces también había que añadir el olor de los abonos de la huerta cercana, el nitrato, el amoníaco, el hondo aliento del mantillo fermentado.

En la cocina había una alacena con puertas de madera lavada y cristal opaco donde se guardaban algunos recipientes de cerámica que contenían alimentos cuyos nombres venían escritos dentro de una orla con letra inglesa: arroz, fideos, alubias, harina, lentejas, azúcar. Cuando penetró en aquella cocina la esquirla de un proyectil, en esos recipientes alineados en las estan-

terías no había más que telarañas y lo mismo sucedía con la tinaja de aceite y con los sacos de víveres de la despensa convertida en refugio contra el bombardeo. De ella hacía tiempo que había desaparecido el aroma de magdalenas, de confituras y de levadura madre para ser sustituido en esos días aciagos por el sudor y el terror de unas personas hacinadas. ¿El terror huele? Sin duda alguna, el terror huele a hierro oxidado. A ese sudor herrumbroso debía de oler la despensa de casa.

En la cocina había un pozo de agua termal, no potable, pero muy saludable para el reuma y la artrosis; era el mismo venero, que afloraba a 48 grados de temperatura, del que se nutrían también los balnearios del pueblo, La Estrella, Cervelló, Galofre. Creo que todavía hoy en ese pozo cegado quedarán residuos de pistolas y otros armamentos de juguete. La tía Pura era una pacifista radical y sin fisuras. De niño, ya en la posguerra, no consentía que yo tuviera un arma en la mano. Ni siquiera admitía el arco y las flechas de madera endeble, ni la corona con plumas de indio pintadas de amarillo. En cuanto me veía jugar con una escopeta que disparaba un tapón de corcho o con uno de aquellos revólveres de latón cromado, me cogía de la oreja, me llevaba al brocal del pozo y allí me desarmaba en medio de una soflama antibelicista. Luego levantaba la tapa y arrojaba dentro de aquella oscuridad sulfurosa el juguete maldito. Aún guar-

do en la memoria el sonido que producía al dar en el fondo, contra el agua.

—¡Ya ha habido bastantes muertos! —me gritaba después a bocajarro, con ojos desorbitados, sin que yo entendiera a qué muertos se refería. ¿Habrían pasado los apaches o el Séptimo de Caballería por el pueblo?

Según me contaron años después, el día 7 de julio de 1938, en plena guerra civil, hacia las dos de la tarde, había una olla al fuego en la cocina de casa. Durante algunas jornadas las piezas de artillería instaladas en Vila-real venían arrojando proyectiles sobre el frente republicano para abrir paso a la IV División de Navarra, que bajaba por la sierra de Espadán buscando el Mediterráneo por la campa de la Plana. Lo que se cocía en la olla de la abuela no lo sé. Probablemente era un potaje de miserables verduras, nabos, acelgas, cardos, judías blancas. A este potaje de ayuno, que no llevaba carne ni grasa alguna, se le llamaba olla de dos caras, la del comensal propiamente dicha y la misma que se reflejaba en el caldo, de modo que uno se veía obligado a sorber el propio rostro que aparecía en el fondo de aquel espejo, hasta el punto que algún loco famélico pudo llegar a creer que su nariz era un muslo de pollo. No obstante, ese caldo procedía del agua mineral que manaba desde la era Terciaria de la fuente calda del pueblo, un manantial en el que ya abrevaron las legiones romanas, puesto que la Vía Augusta pasaba por la

puerta de casa. No era Escipión el Africano el que ahora llegaba sino el coronel africanista García Valiño, del bando de los nacionales, y éste fue directamente el responsable de aquel desaguisado que sucedió en la cocina.

Era la abuela Roseta la que gobernaba aquel potaje. Tal vez lo habría probado ya de sal, mientras las baterías franquistas seguían sonando con pulsiones densas y no muy lejanas. El resto de la familia, incluyéndome yo mismo, que tenía entonces unos meses y andaba a gatas, estaba refugiado en la despensa, guarecida por la escalera de piedra. En medio de aquella refriega de la artillería cayeron varios proyectiles en el pueblo, uno mató al sacristán en una leñera donde se había refugiado, otro hizo impacto muy cerca, en la calle principal, y una esquirla penetró en casa de mis abuelos, anduvo rebotando entre las paredes con un silbido confundido con los destrozos que causaba a su paso, llegó a la cocina y después de partir en dos mitades el frutero que había en la mesa de mármol terminó por abrirle un boquete a la olla por donde se derramó todo el caldo del potaje.

La abuela Roseta, que había sido respetada por la metralla, vino al refugio de la despensa, donde alguien rezaba las jaculatorias terribles del trisagio para aplacar la ira divina, Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, líbranos, Señor, de todo mal, y en el vano de la puerta, puesta en jarras, dijo:

—Hoy no comemos.

Con este desplante enmudecieron los cañones y, después de un silencio neumático que reinó sobre toda la naturaleza, de pronto se oyó cantar en la plaza el himno falangista de *Cara al sol* a cargo de unos soldados borrachos de pólvora, que en una mano blandían el mosquetón y en la otra levantaban el trofeo de una gallina o de un conejo robados. Las tropas nacionales, compuestas de moros y cristianos, entraron en el pueblo. La familia salió del refugio, llevándome mi madre en brazos, para saludar a los vencedores y sin duda alguien me haría agitar la manita sonrosada, pero la abuela Roseta se puso de morros contra todo el Ejército Nacional y con el ánimo revirado se negó a abandonar la cocina y, por mucho que el resto de la familia la llamaba a gritos para que saliera a la calle a saludar al ejército de Franco, ella se quedó allí limpiando el suelo con una bayeta y tratando de juntar las dos partes del frutero. Hasta el día de su muerte la abuela Roseta no dejó de pensar que los militares se habían descolgado por la sierra de Espadán con el único objetivo de arruinarle el potaje. Era pequeña, nerviosa, de piel transparente, llena de huesillos. En la fotografía que conservo de ella está sentada con un abanico de nácar abierto en el regazo, un medallón en el pecho y muchas puntillas. Ignoro de qué murió aquel pajarito. Fue poco tiempo después de que pasaran los

cañones victoriosos dejando atrás un rastro de silencio.

Su cuerpo presente dentro del féretro de pino fabricado sobre la marcha esa noche por el carpintero del pueblo se exhibió en el comedor al pie de la chimenea con las manos atadas por un rosario de cuentas como nueces de melocotón, que perteneció a un cuñado fraile carmelita de renombre en la comarca. Los cuatro velones reflejaban sus ánimas en los cristales de las alacenas, donde ya volvían a brillar botellas talladas de licor de café, de anís, de crema de frambuesa y copas para granizados y leche merengada. El mismo día del entierro, cuando el duelo regresó del cementerio, en aquel comedor, donde se había establecido una chocolatada de consuelo, comencé a caminar entre el corro de deudos enlutados. A los ocho meses de vida realicé un corto trayecto de siete pasos entre los brazos de mi madre que me soltó y los de mi padre que los tenía abiertos para acogerme. El éxito de esta prueba fue celebrado con gran alborozo por todos los presentes y tal vez los aplausos quedaron grabados en algún bulbo muy íntimo de mi cerebro como una señal de que mi vida empezaba francamente bien y de que en adelante seguiría siendo un triunfador, pero al intentar repetir la hazaña me caí de bruces y ante el fracaso comenzaron los lamentos del corro familiar a los que se unía mi llanto y, entonces, estando yo todavía con la nariz en el suelo,

mi padre, al parecer, pronunció una sentencia inapelable:

—Eso le enseñará que en la vida hay que saber dónde se ponen los pies.

Aquel comedor fue la sala de juegos de mi infancia, allí realicé mis primeras lecturas y corrí mis primeras aventuras con la imaginación. Debido al pánico que sentía de volverme a caer, permanecí caminando a gatas casi hasta los dos años y, de hecho, siendo ya un adulto mi padre un día me dijo con el dedo levantado que yo no había aprendido a andar correctamente todavía, si bien se refería a otra clase de pasos. Aún hoy, cuando creo que no voy por buen camino, oigo estas voces severas en la nuca: vas mal, hijo mío, vas mal, ponte a gatas otra vez. Mi forma de rebelarme es buscar a una mujer que me dé masajes en las cervicales mientras me cuenta una historia al oído que me impulse a levantarme. Muchos años después supe que debajo de aquel comedor de la casa solariega de mis abuelos, donde oí junto a la chimenea tantas historias de terror, se escondía un siniestro tesoro.

De pronto se ha cerrado el cielo, ha caído un violento aguacero seguido de un tornado, que ha arrancado de cuajo varios árboles en el paseo

del puerto. Algunas calles están inundadas y el parte meteorológico anuncia una semana de tormentas. La fuerza del viento ha hecho que instintivamente me mirara la palma de la mano derecha y me quedara meditando. Lo hago siempre después de una gran tempestad para ver si ahí aparece grabada bajo la piel la imagen de la diosa de la libertad. Hasta ahora no ha aflorado en ningún caso, con tanta vida que llevo a cuestas y a este paso me iré a la tumba sin recibir una herencia que he esperado tanto tiempo y que se debía a mi otra abuela, que se llamaba Ventura.

Un día de invierno, hace más de cien años, la niña Ventureta, vestida de fiesta, iba a la feria del santo patrón San Sebastián con el encargo de comprar miel, dátiles, hilos de seda para bordar y algunas alhajas sencillas de regalo. La noche anterior se había destapado una formidable tormenta, como esta que ahora acaba de abatirse sobre el litoral de Denia y, de camino hacia la ermita, al atravesar un puente de tablas que se había montado sobre un torrente bravo, la niña resbaló y se cayó al agua. La fuerza de la corriente arrastró su cuerpo y ella braceó denodadamente durante un tiempo para alcanzar una ribera, pero muy pronto se abandonó sin fuer-



zas a las violentas aguas, que la arrastraron por el cauce un largo trecho, unas veces sumergida y otras aflorada. Por fin un tronco cruzado detuvo su cuerpo. Cuando algunos vecinos llegaron en su auxilio, la niña ya parecía del todo ahogada y, mientras la ponían cabeza abajo para que soltara el agua que había tragado, alguien advirtió que tenía la mano derecha cerrada con una férrea voluntad que iba hasta más allá de la muerte. Después de resucitada, una vez en casa, se reparó en que su puño seguía igual de crispado, hasta el punto que tuvieron que abrirlo dedo a dedo, con ayuda de unas tenazas, y cuando, por fin, después de mucho trabajo, la mano le fue forzada, los presentes vieron que la niña guardaba en el puño la peseta de plata que su madre le había dado para comprar regalos en la feria del santo. Era una moneda del Sexenio Revolucionario, fechada en 1870, y, a causa de su pasión por mantenerla a salvo, le había dejado una señal indeleble de todos los detalles numismáticos, como una ceca, en la mano. En su palma la figura de una diosa aparecía recostada sobre el perfil de una cordillera blandiendo una rama de olivo. La imagen permaneció grabada en la piel de la abuela Ventura hasta el final de sus días y entre la familia corría la leyenda de que esa marca se transmitiría como herencia al más privilegiado de los descendientes en medio de una gran tormenta como un aviso de buena fortuna. En el futuro, mientras un turbión se llevara por los

aires la cepa de los árboles, alguno de nosotros abriría la mano y en ella vería brillar iluminada por un rayo del cielo la diosa de la libertad convertida en plata, que la fuerza del viento le había regalado.

No ha sido éste mi caso, porque de la abuela Ventura sólo he heredado la flema que se me forma en la garganta cuando me pongo nervioso y que debo arrastrar con un persistente carraspeo antes de hablar en público. Ignoro de qué murió aquella mujer tan arriscada, aunque, al parecer, lo hizo tosiendo como otros se van al cielo o al infierno callados. Estando la abuela Ventura en el lecho de muerte, después de untarle la frente, la palma de las manos y el calcañar con los santos óleos, fue requerido de Valencia un catedrático de medicina, especialista en cosas de laringe, para ver si conseguía retenerla un poco más en este mundo sin toser. El catedrático llegó al pueblo desde la capital, a más de cuarenta kilómetros, en un taxi de gasógeno; fue recibido con gran respeto por el médico rural y con muchas reverencias por parte de la familia, mis padres, la tía Pura, el tío Manuel y otros antepasados. Al pie de la cama, después de un silencio medido, el catedrático diagnosticó:

—Es una tos nerviosa, no pasa nada, sobrevivirá a esta flema. Denle un jarabe de algarroba y las pastillas del doctor Andreu.

Dicho esto, el catedrático cobró la minuta y después, ante la buena nueva que había

anunciado, se hizo invitar a una paella de lujo para la cual se sacrificó un pavo, se le ofrecieron licores de hierbas en la sobremesa, se le regaló un puro caliqueño y, mordiéndolo con sus muelas de oro, montó de nuevo en el taxi y se esfumó. La abuela Ventura murió antes de que el ilustre doctor llegara a Valencia. ¿Cómo no iba a estar nerviosa si, al parecer, era la única que sabía que iba a entregar el alma al Señor, mientras los demás no hacían sino ensalzar lo bueno que había salido el arroz?

Al tornado de final de septiembre le han seguido varios días de lluvia mansa y ahora el cielo aún continúa encapotado y llueve a rachas contra los cristales. Protección Civil todavía mantiene esta zona en alerta roja. Estaba con la memoria perdida, de pie, observando por la ventana el membrillero empapado que vertía en la tierra unas gotas de oro después de resbalar sobre los membrillos maduros y en ese momento oí que una mujer a mi espalda, mientras dejaba el té sobre la mesa, me preguntaba:

—¿Le sirvo azúcar, señor?

—No, gracias —le dije.

—El día viene acompañando a la tristeza, pero no llame a la melancolía, que es muy ma-

la. Cuando se abra el cielo, coja el barco y váyase a navegar —añadió la mujer.

Creo que éste es un buen momento para contar algunas cosas de mi vida. La melancolía de la tarde parece muy propicia para poner un poco de orden en mi cabeza. El tornado se ha llevado por los aires la caseta del perro y las bicicletas, ha partido la yuca y ha quebrado algunas ramas de los chopos. El fondo de la piscina está lleno de pinocha y sobre el agua flotan las flores de la buganvilla. Llueve, llueve otra vez. Los pinos de atrás de la casa huelen intensamente. Los veraneantes ya han regresado a la ciudad. Los toldos de los chiringuitos de playa están recogidos, las sillas han sido apiladas y atadas con cadenas, pero cuando salga el sol los caracoles treparán por las perfumadas virutas del hinojo en el barranco y yo volveré a abrir las ventanas. No quisiera mentirme. Tal vez no voy a tener el valor de levantar la tapa de la quesera, con la que trato de proteger mi alma de las moscas, a no ser que la escritura desate el nudo asentado en el diafragma. Me pregunto para qué sirve ser sincero, si dentro de poco ya estaré en el fondo del mar o en esa estrella del firmamento que he elegido y que está compuesta por todos los huesos de personas y animales que han muerto en

la Tierra. La vida consiste en equivocarse, cada uno a su manera.

Este membrillero me lo regaló el tío Manuel. Su fruto no ha evolucionado nada desde el tiempo de los patriarcas. Los membrillos se hallan incólumes en los bodegones de Zurbarán y así se muestran ahora en el frutero pegado con garras de alambre que está sobre la mesa de la cocina de mi casa de Denia donde escribo estos recuerdos, que podrán servir de pasto para mi psicólogo. Es el frutero de la abuela Roseta partido en dos por la esquirla de obús. Lo he conservado como un símbolo de la guerra civil; a lo largo de tantos años lo he ido cargando con las frutas de cada temporada, pomelos, melocotones, claudias, cerezas, como una redención de aquella crueldad. Ahora contiene los cinco primeros membrillos de la cosecha de este otoño.